ANTONIO MACHADO: UNA LECCION MAGISTRAL DE ESPERANZA

Luis Miravalles
I. B. "Pinar de la Rubia"
(Valladolid)

Introducción

En este siglo XX, donde parece que se ha olvidado la razón, donde el hombre ha perdido la noble y alta voluntad de sufrir junto al deseo ferviente de querer hacer algo por los demás, y donde se ha perdido sobre todo el entusiasmo, sólo podremos buscar remedio echando mano de los maestros de la razón y del trabajo desinteresado, uno de los cuales es nuestro inolvidable autor Antonio Machado, que no practicó la vida social a la manera y uso en que otros suelen practicarla, sino que prefirió proyectar la gran lección —tan necesaria hoy en día— de su vivir en silencio y tenaz trabajo. En una de sus cartas a Juan Ramón Jiménez, escrita en 1903, nos dice: "Creo en Ud., creo en mi hermano, creo en cuantos hemos vuelto la espalda al éxito, a la vanidad, a la pedantería, en cuantos trabajamos con nuestro corazón."

No aspiró a ningún honor, a ninguna popularidad:

"Huid de escenarios, púlpitos, plataformas y pedestales. Nunca perdáis contacto con el suelo, porque sólo así tendréis una idea aproximada de vuestra estatura" (J.M.I. VI) ...y, paradójicamente, pocos autores habrán alcanzado tanta divulgación como él.

Hoy, cuando más que nunca se suele pensar no en aquella profesión o en aquella carrera donde se pueda ser más útil al prójimo, sino en la que se conquistará más posición social económica; hoy, cuando se piensa antes en la casa lujosa, en el automóvil del último modelo y en la vida brillante de sociedad; hoy, cuando padecemos tremendamente ese mal tan contagioso de apetencia desmedida de derechos frente a una debilidad enorme en el sentimiento del deber, es precisamente cuando más necesitamos la presencia moral de este gran hombre, porque cada generación busca ansiosamente, por instinto, lo que más necesita, y es purificada por aquellas personas que más la contradicen.

El mundo se ha vuelto sobremanera irreflexivo. Soñamos despiertos con un golpe de suerte que nos ayude a remediar todos los males, olvidándonos de que la virtud de nuestro éxito reside en el trabajo.

Muchos, deslumbrados por el elemento del poder, del bienestar, quieren saltar por encima de todo aprendizaje riguroso. Esta ambición es tan sólo el deseo de

superar a los demás y de satisfacer la propia vanidad. Se quiere llegar a una cumbre, a destacar —lo más pronto posible—, pero no para ayudar y ser útil, sino para disfrutar egoístamente de la vida sin ofrecer nada a cambio.

Nos falta, pues, humildad, sencillez, generosidad, bondad y sobre todo entusiasmo.

Si como dijo G. Marañón, "todo entusiasta es un hombre bueno", es innegable que uno de los mejores legados para nuestro angustiado e indiferente siglo es la bondad, la humildad y el entusiasmo presentes en toda la biografía de nuestro autor.

Su silencio y cavilar: rasgos esenciales de su carácter

No vamos a trazar ahora, paso a paso, minuciosamente, ni su vida ni su obra. Aquí se trata, únicamente, de fijarse en aquellos aspectos singulares y significativos de su personalidad, los rasgos que nos han dejado la huella perenne de su magistral lección.

Tal vez lo que sabemos de las costumbres cotidianas de Antonio Machado podría despacharse en unas pocas líneas. Todos los que le conocieron coinciden en presentarle con análogos rasgos: de figura corpulenta y bonachona, destacando su silencio y su cavilar como constantes de su carácter.

De sus costumbres personales quedan las impresiones que lo confirman: Cuando no estaba sentado leyendo un libro, paseaba y paseaba, cavilando... "Antonio piensa, estudia, pasea"[1], constantemente, sin descanso.

Ya nos podemos imaginar que tal personalidad no resultaba precisamente un imán para las multitudes, lo que naturalmente jamás impidió que fuera sumamente cortés con cualquier demandante de su ayuda. Era consciente de que no era lo que se dice un hombre de relaciones públicas, un hombre de mundo, dado que siempre estaba absorto en sus libros y por lo tanto distraído.

Tal vez Machado recordaba bien lo que San Bernardo había dicho sobre las clases de saber:

"Muchos desean el saber sólo por saber: eso es curiosidad. Otros, desean saber para hacerse visibles, esto es vanidad. Hay quien desea la Ciencia para venderla por dinero, honores o dignidad. Ello es comercio. Algunos desean la sabiduría para salvarse a sí mismos. A esto se le llama prudencia. Otros aman la sabiduría para entregarla y salvar a los demás." Machado amaba el saber para entregarlo a todos, con generosidad y desprendimiento.

Algunos podrían afirmar que Machado era lo que hoy entendemos por un hombre con la mente "a pájaros", y aburrido; sin embargo, no fue en manera alguna un hombre vacío, sino profundo, siempre en estado permanente de pensar.

Cierto que para el que sólo aspira a vivir vegetativamente sin más aliciente, el pensar sí es algo muy aburrido. Para el que la vida sólo consiste en producir y consumir, poniendo su única meta en traducirlo todo materialmente a dinero, pensar es cosa de ociosos.

Mas, ¿cómo se puede hacer comprender al hombre que gime por sus negocios o sus rentas que lo primero que hay que hacer es enseñar a pensar a los pueblos? Y, sin embargo, la historia del ser humano es un desarrollo, en definitiva, del pensar.

En épocas relajadas, críticas, es cuando el hombre, momentáneamente, se vuelve irreflexivo y se deja llevar por el vértigo del consumo, del despilfarro. En estos tiempos, el pensador está de más, es un "aguafiestas", olvidándose de que el pensar viene a ser el único instrumento eficaz que puede ayudar al hombre a interpretar y digerir el laberinto cultural que la vorágine del progreso echa actualmente sobre las espaldas de su mente casi neurótica a fuerza de tanta técnica y dinamismo.

Hay que comprender de una vez que el legado de Antonio Machado es algo impagable, porque un rato de diversión se puede comprar, un préstamo se puede devolver, una prenda se puede pagar; pero una orientación, un buen razonamiento —y lo es el de todo auténtico maestro— no se compran, no son cotizables.

Por encima de su apariencia meramente externa, y más aún por encima de sus silencios y distracciones, acaso hoy tan ajenos al modo de vivir del presente, nuestro autor sigue dándonos una lección de pensar y de auténtico vivir, en el sentido más profundo.

¿Cómo puede ser tachado de distraído un autor que propone como norte de sus preferencias la inteligencia crítica, la libertad y la esperanza?..., todo eso que deberíamos tener tan presente los que nos dedicamos a la docencia, tanto alumnos como profesores, precisamente por su permanente actualidad.

Si hubiera que resumir su peculiar forma de existir, su talante que diría Aranguren, bastarían tres palabras: bondad, modestia y trabajo. Y estos rasgos permanentes son específicamente ginerianos, aprendidos cotidianamente al contacto con la Institución Libre de Enseñanza, desde los ocho años, edad tal vez la más propicia para cimentar los ideales de toda una vida, y constituir toda su futura personalidad.

Estos rasgos fueron tomados, sin duda alguna, del ejemplar maestro Giner de los Ríos, cuya enseñanza nos resume en la copla

Despacito y buena letra:
el hacer las cosas bien
importa más que el hacerlas.
(CLXI. *Proverbios y cantares* XXIV)

Pero como no se trata —ya lo hemos dicho— del llevar a cabo una cronología exhaustiva de sus hechos, sino de resaltar su peculiar manera de estar en el mundo, sólo nos fijaremos en aquellos testimonios más cercanos que nos ayuden a completar su semblanza, de modo que podamos concluir con claridad meridiana cuál ha sido su lección magistral.

Los testimonios más cercanos al poeta

En septiembre de 1907, obtenida la cátedra de Francés del Instituto de Soria, se hospedará hasta diciembre en la pensión de don Isidro Martínez Ruiz, en la calle del Callado núm. 54[2]. Don Antonio —dirá su patrón— era un hombrachón con alma de niño. Silencioso y retraído, pero hombre bondadoso y exquisito."

En Soria, durante cinco años, dará clases, paseará, leerá y escribirá sin tregua.

Tras la muerte de su joven esposa, Leonor, en agosto de 1912, pedirá el traslado y pasará en Baeza seis años. Se acentúa su mutismo. Nos lo recordará así un alumno de entonces: "Todavía le recuerdo, apoyado con sus dos manos en su cayada, como tantas veces, llenos los ojos de lejanía: inmóvil, en la presencia ausente de una estatua viva."[3]

Machado escribe a Unamuno desde Baeza, en 1914: "Yo sigo en este poblachón moruno, sin esperanzas de salir de él, es decir, resignado, aunque no satisfecho. En los concursos saltan por encima de mí, aun aquellos que son más jóvenes en el profesorado y no precisamente a causa de su juventud."[4].

Con ocasión de otro traslado, esta vez a Segovia, en 1919, Juan Ramón Jiménez nos ha dejado una descripción singular de Machado: "Sólo veo que viene dando la vuelta al torreón por la antigua, roja vereda yerbosa, difícilmente, como si no quisiera pisarse las florecillas del cielo silvestre que se le deben venir cayendo de la fantasía"... "Lo mismo que el ordenado músico patético, se pasea Antonio Machado, 'orillas de la mar', por los trasmuros de sus ciudades terrosas (Soria, Madrid, Baeza, Segovia), pesado, lento de un lado y altivo del otro, seguido con un libro deshecho en la mano, ausente siempre de su tránsito monótono."[5]

En Segovia vivirá desde 1919 hasta 1932 en una fría habitación de una pensión modesta. La habitación está atiborrada de libros, periódicos y papeles. Pablo de Andrés Cobos, un contertulio segoviano, nos cuenta cómo eran allí sus días: "Pasaba las mañanas en el Instituto; iba a la tertulia del café después de la comida; daba frecuentes y a veces largos paseos por las afueras de la ciudad, y leía, leía, o rumiaba poemas, en versos, o prosas, antes y después de la cena, en la soledad de su alcoba, 'celda de viajero'."[6]

Sobre aquella celda de viajero, nos añade Mariano Grau, otro amigo segoviano: "Evoco su figura en aquella franciscana habitación, que los libros, periódicos y papeles cubrían casi por entero; libros en las sillas, en la mesa, en el suelo, en la cómoda, en los rincones, hasta en la misma cama. Libros cuyas hojas, en su mayor parte, habían sido separadas con los dedos y ostentaban las barbas de la impaciencia en flecos desiguales."[7]

A fines de 1931 marcha a un instituto de Madrid. Sentado en los rojos divanes de los cafés escuchará, observará, leerá. Apenas habla; ha envejecido, fuma constantemente, pero sigue constante en su lección.

Evacuado de Madrid, en noviembre de 1936, irá Machado a vivir junto con su anciana madre al pueblecito de Rocafort. Nos queda el recuerdo de su hermano José: "Se quedaba todas las noches ante su mesa de trabajo, y, como de costumbre, rodeado de libros. Metido en su gabán desafiaba el frío escribiendo hasta las primeras horas del amanecer, en que abría el gran ventanal para ver la salida del sol. En estas largas noches invernales trabajaba, trabajaba sin cesar..., se quedaba absorto y como mirando a una lejanía que no fuera ya de este mundo... Entonces sólo su presencia corporal, podía hacer creer que se hallaba allí... Tan enfrascado estaba en su pensamiento. ... Casi se podría decir que se le veía pensar."[8]

Hemos elegido tan sólo algunos pocos testimonios, porque reseñar todos los que existen sería una repetición interminable de opiniones muy semejantes.

Reagrupando aquellos conceptos que de algún modo pueden considerarse como sinónimos, prevalecen dos o tres rasgos: ausente (absorto, silencioso, inmó-

vil), bondadoso (alma de niño, todo corazón) e infatigable trabajador ajeno a toda clase de comodidades, ambiciones y vanaglorias.

Antonio Machado ha sido, pues, eminentemente un ser "muy humano". Esto que aparentemente parece una mera perogrullada no es tal, porque cuando decimos de un hombre que es muy humano, nos estamos refiriendo a todo lo que tiene relación con los sentimientos más nobles y generosos, aludimos a la parte más noble y elevada de la especie humana: el razonamiento, la exquisita bondad y el trabajo constante.

Y aunque seamos optimistas a ultranza hemos de reconocer que estas cualidades no son tan frecuentes, como deseáramos, en el género humano.

Su muerte pasó casi inadvertida, como su vivir; pero no debemos permitir que ese lento y silencioso caminar nos haga pasar desapercibidas esas palabras dichas a sus jóvenes estudiantes, que ignorando —como casi siempre— la importancia de su profesor, y tal vez, indiferentes al contenido de las palabras, se mofaban de su atuendo, sin apenas oírle ni escucharle: "Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada, y que sólo me aplico a sacudir la inercia de vuestras almas, a arar el barbecho empedernido de vuestro pensamiento, a sembrar inquietudes." (J. M. I, pág. 190.) "De ningún modo quisiera yo educaros para señoritos, para hombres que eludan el trabajo con que se gana el pan. Hemos llegado ya a una plena conciencia de la dignidad esencial...; y de todo privilegio de clase pensamos que no podrá sostenerse en lo futuro"... "Sabed que la patria no es una finca heredada de vuestros abuelos..., es algo que se hace constantemente y se conserva sólo por la cultura y el trabajo." (J. M. II, p. 62.)

Don Antonio, el Bueno, le ha llamado Camilo José Cela, añadiendo: "porque fueron muchos los aprendizajes que nos legó y uno, el de su franciscana humildad, el que nos empecinamos en no querer entender."

Pero el mundo actual considera la humildad como una debilidad, como una flaqueza. El funcionalismo ha sustituido la civilización de tipo contemplativo, el estudio, por una civilización de tipo industrial y activista. Hoy se exalta la acción en las costumbres, la rapidez, lo práctico, en detrimento de la contemplación y de la humildad, porque éstas se identifican con lo pasivo. Y es justamente lo contrario, porque es una actividad superior, interiorizante, en la que el ser humano se exalta en la dirección de lo más específicamente humano: la belleza, el ensueño, la verdad, el bien y la ironía, mientras que la acción vierte al hombre hacia fuera de sí mismo en lo material que con su energía transforma, pero en cuyo siervo se convierte: "La gracia está en pararse a ver, a contemplar, a meditar, en consagrarse un poco a las actividades quietistas. Quiero decir con esto que no pretendo educaros para hombres de acción, que son hombres de movimiento, porque estos hombres abundan demasiado. El mundo occidental padece plétora de ellos"... (J. M. II, p. 71.)

El activismo, por otra parte, tenso y violento de la civilización actual, debe su origen y persistencia a la huida de sí mismo, de la que habla Pascal. Ahora nadie se pregunta el porqué el hombre es hombre. Sería una pregunta casi sin sentido: "El hombre moderno huye de sí mismo, hacia las plantas y las piedras, por odio a su propia animalidad, que la ciudad exalta y corrompe" (J. M. I, p. 125).

La materia transformada por el hombre ha transformado completamente a su vez en materia al hombre funcionalizado, hasta el punto de que sólo la perfección

material le parece deseable. De ahí que la actividad de pensar será eliminada en provecho de la actividad de movimiento.

Este imperialismo funcional descoyunta así la naturaleza humana y es origen de todas las decadencias. Sólo cabe una solución: la humildad. "Nuestra misión es adelantarnos —decía Machado— por la inteligencia a devolver su dignidad de hombre al animal humano." (J. M. I, p. 171.)

Machado supo descubrir —con su forma de vivir— el mensaje más valioso para el futuro· la necesidad de la modestia desde nuestras carencias de seres limitados.

Desde la actual mentalidad tecnológica y materialista, el hombre se olvida del espíritu superior. Confiados en el poder de la ciencia, estamos rechazando la última realidad, convencidos ciegamente de que todo puede hacerse y marchar sin lo divino.

La pasión de vivir nos invade. Nos queremos quitar de encima la desesperación a toda costa, la soledad, el silencio... y, sin embargo, caemos hoy más que nunca en todo lo que deseamos evitar. Estamos ya en la era de inaugurar una nueva forma de transformación dirigida por nosotros mismos. Pero debemos comprender que tenemos la misión de continuar un progreso de naturaleza espiritual, sin nihilismos.

Tengamos siempre esperanza, alguna esperanza. El hombre siempre ha necesitado del mito para explicar su existencia y conocer su destino. Necesitamos, como parte sustantiva de nuestra existencia real, la existencia del misterio.

Así lo comprendió Machado:

El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.
Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
    dentro del alma, en turbio
    y mago sol envuelto.

(*Galerías* LXI, O. C., p. 472)

En la vida de Machado no hay apenas acción épica: es un continuo ir de ciudad en ciudad, con resignación, aunque no con satisfacción, como él mismo nos dice.

Leer y leer, escribir y escribir, pasear y pasear, esta es su vida. No hay más remedio que ser redundante, pero es que, como nos insiste Giorgio Strehler (director del Piccolo teatro): "Hay cosas que deben ser dichas, por más que ya se conozcan", para que nunca olvidemos su magistral lección:

Si no nos dejó hazañas,
harto consuelo nos dejó
con su palabra de bien.

Análisis grafopsicológico de A. Machado[9]

(Sobre una carta a Guiomar.)

Aunque no podemos, por el momento, presentar un análisis grafopsicológico pormenorizado y profundo de nuestro autor, puede resultar al menos complemen-

tario analizar aquellos rasgos de su escritura a través de los cuales verifiquemos con claridad las cualidades que hemos considerado anteriormente.

Su escritura, bastante ligada, homogénea, simplificada (carente de adornos superfluos), ancha y espaciada, tanto entre palabras como entre líneas, es propia de autores que conjugan la intuición con la lógica, el ensueño con la realidad, y que actúan sistemáticamente:

Entre el vivir y el soñar
está lo que más importa.
(S. XXXIV)

El predominio de su letra curva, con terminaciones abiertas y en arco, indican bondad, dulzura de carácter y amplia generosidad.

Se observan asimismo algunos signos concretos muy significativos, como el bucle de la "d", claro indicio de su actividad creadora, llevada a cabo con firme voluntad e independencia, dada la marcada, con potencia, y alta situación de la barra en la "t".

"No obstante parecer en muchas ocasiones hasta débil de carácter, era sólo apariencia, pues en las cosas fundamentales nunca dejaba de hacer lo que se proponía. No fue jamás dominado por nada ni por nadie" (José Machado: "Ultimas soledades del poeta Antonio Machado", pág. 48).

La abundancia de hampas y sobre todo de jambas, partes salientes de la "p, j, y", confirman esos deseos de independencia, pero a la vez la inclinación por la vida real, por la conciencia del deber. Se diría que frente al concepto en que se le ha tenido de hombre absorto y ensimismado, en el fondo era plenamente consciente de su entorno: "El corazón y la cabeza no se avienen, pero nosotros hemos de tomar partido. Yo me quedo con el piso de abajo." (*Los Complementarios,* p. 180.)

La leve inclinación hacia la derecha, así como la ligera oscilación en la marcha general de sus líneas y la alta situación y también hacia la derecha del punto en la "i", señalan su afectividad a lo más próximo, como lo revela, además, la menor altura en el último tramo de la "m" y su firma muy cercana al texto y muy a la derecha, signo evidente de extrema cordialidad, y a la vez de la necesidad de afecto más cercano que social:

No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial.
(CLXI. *Proverbios y Cantares* XXXVI)

Sin embargo, su letra enlazada, y las vocales cerradas en general, indican cierta prudencia y reserva en la comunicación de sus más íntimos sentimientos:

No extrañéis, dulces amigos,
que esté mi frente arrugada.
Yo vivo en paz con los hombres
y en guerra con mis entrañas.
(CXXXVI. *Proverbios y Cantares* XXIII)

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. M. PEREZ FERRERO: *Vida de Antonio Machado y Manuel,* Madrid, 3.ª ed., Espasa-Calpe (Austral), 1973, p. 76.
2. *Cuadernos para el Diálogo,* Extra XLIX, nov. 1975, p. 9.
3. R. LAINEZ ALCALA: "Recuerdo de Antonio Machado en Baeza. 1914-1918", en R. Gullón y A. W. Phillips: *Antonio Machado* (serie "El escritor y la crítica"), Madrid, Taurus, 1973.
4. A. MACHADO: *Los Complementarios y otras prosas póstumas,* B. Aires, Losada, 1957, p. 170.
5. J. R. JIMENEZ: *Españoles de tres mundos (1914-1940),* B. Aires, Losada, 1942.
6. P. de ANDRES COBOS: *Antonio Machado en Segovia. Vida y obra,* Madrid, Insula, 1973, p. 15.
7. M. GRAU: *Homenaje a Antonio Machado,* Segovia, Academia de H.ª y Arte de San Quirce, 1968, y en Pablo de ANDRES COBOS, op. cit., p. 21.
8. J. MACHADO: *Ultimas soledades del poeta Antonio Machado,* Madrid, Forma Ediciones, S. A., 1977, p. 73.
9. L. MIRAVALLES: *Grafología Pedagógica,* I. C. E. Universidad de Salamanca, 1986.

Las obras de A. MACHADO: *Juan de Mairena I y II* se refieren a las editadas por Losada, B. Aires, 3.ª ed., 1957; el resto siguen las Obras Completas, Espasa-Calpe, 1988.